

RECORDANDO AL MAESTRO D. ADOLFO IZQUIERDO Y LA ESCUELA

D. Leopoldo Izquierdo Muñoz
Maestro jubilado

Nací en un pueblecito situado en la ladera de la Sierra Traslasierra, en el Valle del Jerte, hace 87 años.

Mi progenitor, Adolfo Izquierdo Elena, nació a finales del siglo XIX, en el año 1895, en el pueblo serrano de El Torno (Cáceres), en el mismo que yo. Desde muy temprano asistió a la escuela del pueblo, una de las primeras que se fundaron en el valle del Jerte, hacia 1735, a la que Juan Sevillano, racionero de la Catedral de Plasencia aportó “su molino harinero de dospiedras, un lagar de aceite, olivares, castaños y huertos para hortalizas”. Mis abuelos tuvieron que hacer un esfuerzo muy grande para que mi padre estudiara y con 18 años fuera maestro. Su primer destino estuvo en Baños de Montemayor.

Ejerció en otras localidades cacereñas, hasta que consiguió la plaza en su pueblo de El Torno, donde fundó una asociación cultural y recreativa y era conocido y respetado por todos, porque se preocupaba porque todos aprendieran la cultura básica.

Cuando estalló el Alzamiento Nacional, a pesar de sus ideas republicanas, se plantó delante de ellos cuando asediaron el pueblo y quemaron la puerta de la iglesia, para que desistieran de sus intenciones.

Cuando acabó la guerra y por sus ideas políticas le desposeyeron de la plaza y el sueldo, teniendo que estar escondido, por el temor a las represalias políticas. Mi madre murió en 1943, en su noveno parto y mi padre se quedó con seis hijos, por lo que tuvo que vender algunas fincas para subsistir.

Después de muchos avatares y gracias a su autodefensa y los avales de su pueblo, consigue que le sea restituida la plaza y se traslada en 1945 a Madrid, al pueblo de Fuencarral, donde se jubilaría a la edad de 70 años.

Murió en Fuencarral en 1975, unos meses antes de la muerte de Franco.

Su dedicación hacia la enseñanza, con tanta profesionalidad y su preocupación por todos los vecinos de El Torno, fue reconocida, además de por sus innumerables alumnos, por todos los partidos e ideas políticas, de manera que el Ayuntamiento decidió por unanimidad dedicarle la calle principal del pueblo, como recuerdo de su labor educativa, instructiva y humanitaria.

Los jóvenes para alardear de sus conocimientos decían: “He asistido a la escuela con D. Adolfo”

En el hogar de mis padres, desde que tuve conocimiento, empecé a respirar el ambiente de la enseñanza, ya que por las noches, asistían los adultos para ampliar y ejercitar la lectura, la escritura, el cálculo y, con mucho empeño, la ortografía.

Mi padre fue mi primer maestro y de él adquirí los primeros conocimientos de su particular metodología de enseñanza, en una escuela

unitaria, con una matrícula amplísima (podíamos ser 70 alumnos) de diferentes edades.

De seis hermanos, yo el mayor, cuatro hemos seguido la vocación de nuestro padre; pues hacía falta una verdadera vocación para elegir dicha profesión ya que la remuneración, en tiempos de la Dictadura, era muy deficiente y, por lo general, poco apreciada. Existía el dicho de “pasas más hambre que un maestro de escuela”.

Ingresé en la Escuela de Magisterio de Cáceres, el primer año, después de la Guerra Civil, en que empezó la formación de nuevos maestros.

A los 21 años, recibí el primer nombramiento como maestro sustituto de la Escuela Nacional Unitaria de mi localidad; la que regentó mi padre durante tantos años y de la que se trasladó a Madrid para hacer posible la preparación de mis demás hermanos.

En la escuela unitaria y siguiendo el ejemplo de mi padre ante tan numerosa matrícula, hasta de 40 ó 50 alumnos, apliqué su método de agruparlos por edades y sirviéndome de los más aventajados, como ayudantes de los más pequeños, hacer fluido el conocimiento y tener a todos ocupados.

Era la época de la pizarra y el pizarrín, el material que tenían que llevar los alumnos para en ellas ejercitar la escritura, lectura, dibujo y el cálculo. Cuando había que borrar la pizarra, se echaba saliva y se secaba con la mano o con un trapito que les daba sus mamás.

Con tan raro material escolar y con tan pocos medios, generalmente se suplían con el interés que ponían los alumnos en aprender.

Aprobé las oposiciones en Madrid y provisionalmente, antes de recibir escuela en propiedad en dos pueblos distintos, ejercí en colegios nacionales de la capital de España.

¿Cómo era la vida del maestro en los pueblos?

En aquella época el maestro tenía la obligación de residir en la localidad y si necesitabas desplazarte, había que pedir permiso al concejal de enseñanza.

Los domingos y festivos asistir a misa y a las procesiones con los alumnos. Los sábados, leer, escribir y comentar el Evangelio del domingo.

Durante el mes de mayo, rezar el santo rosario a la Virgen María.

En las escuelas graduadas, izar la bandera y cantar el Cara al Sol.

Era obligatorio llevar tres cuadernos con las referencias de los trabajos realizados: en la enseñanza, en la religión y en el Frente de Juventudes. Por todo ello, recibíamos inspecciones de la Inspección de Enseñanza, de la Religión y de Falange Española.

Lo que sí nos permitía la Dictadura era dar clases particulares en el aula escolar, para de este modo aumentar un poco nuestros ingresos.

Me casé y tuve dos hijos y una hija y, para poder vivir decentemente, no me quedó otro camino que dedicarme a dar clases particulares fuera de las horas de la clase oficial, por lo que mi jornada de trabajo empezaba a las 7 de la mañana y acababa a las 10 de la noche. Incluso los veranos tenía que

dedicarme a dar clases, por lo que no he conocido, durante mi época activa, qué eran las vacaciones.

¿Qué clases y a quién? A todo el que las solicitaba: alumnos de primaria; adultos que aspiraban a un puesto de trabajo superior al que tenían y, sobre todo, a estudiantes de bachillerato por enseñanza libre; cosa que les permitía hacerlo desde el pueblo donde residían.

Por todo ello, mi vida profesional ha sido de una dedicación plena, digo superplena, superplenísima hasta mi jubilación.

Ahora bien, estoy muy satisfecho de los resultados positivos de haber conseguido que muchos de mis alumnos hayan alcanzado los puestos a que aspiraban.

Termino felicitando a mis actuales compañeros de profesión que no tienen que enfrentarse a tantos obstáculos como teníamos los de mi promoción y anteriores.
